

## PRÓLOGO

Este libro se fundamenta en un trabajo de campo de muchos años, a lo largo de numerosas encuestas y a través de mi participación activa en las ceremonias estudiadas. Por tanto, me es imposible expresar la inmensa gratitud que siento hacia los sevillanos que han contribuido en él. Agradecimiento no solo por las informaciones que tuvieron a bien confiarme, sino también por los momentos inolvidables que me han permitido compartir. En primer lugar agradezco a Pedro Romero de Solís por haberme iniciado, tanto en las procesiones de Semana Santa como en el estudio de la lidia taurina. A Mariano López Montes debo el esclarecimiento, a la vez docto y personal, que me ha aportado sobre las hermandades y, sobre todo, sus fotografías, que iluminan este volumen. Gracias igualmente a Dominique Fournier, José Javier Comas y Miguel Ventura por sus imágenes.

En Sevilla, Eva Jiménez me ayudó en mi búsqueda con eficacia e inteligencia. Juan Carlos Gil me dio acceso a su sabiduría y a la de los cofrades de la hermandad de La Lanzada. Manuel Garduño me permitió observar su pericia de capataz en la hermandad de San Gonzalo. Ana Círrera me enseñó la dimensión cofrade de una familia. Manuel Luna Cruz me contó con entusiasmo su experiencia de joven cofrade de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Germán Terrón me abrió con generosidad las puertas de la hermandad de La Borriquita en Alcázar de Guadaira. María Dolores Cobreros me recibió generosamente en su familia y en su hermandad de San Juan de Aznalfarache.

Varios colegas y amigos me han ayudado a comprender estos rituales: vaya mi gratitud a Isidoro Moreno Navarro, Salvador Rodríguez Becerra, Ángel Martín, Elena Domínguez, Fátima Halcón, el llorado Vicente Lleó Cañal, Francisco Campuzano, Ramón de la Campa, Ismael Jiménez. Gracias a Tristan Platt por su generosa hospitalidad sevillana.

En el santuario del Rocío mi reconocimiento va a la familia Muñiz que me acogió generosamente, y en particular al inolvidable Paco que, con Dominique Fournier, me abrió la hermandad de Villamanrique de la Condesa. Juan Carlos González Faraco me enseñó a vivir la romería de la Virgen del Rocío, no solo con sus publicaciones, sino también a través de su entrañable experiencia como almonteño. Durante mi estancia en

Almonte muchos rocieros me ayudaron a compartir su pasión y a comprenderla, especialmente Pepita González Zurita y Manuel Ángel López Taillefert.

He podido acercarme a los toros en la ganadería de José Rufino: conste aquí mi gratitud a él y a su esposa María Luisa por su acogida.

En Francia, he tenido intercambios con los colegas que se han prestado a discutir conmigo el método que he empleado. Agradezco a Alfred Adler, Jacques Galinier, Raymond Jamous, así como a Bernard Juillerat con quien tanto me hubiera gustado poder comentar la evolución de mi trabajo. También Werner Reuther se fue mucho antes de que yo pudiera expresarle mi reconocimiento. El final de mi estudio se ha beneficiado de mis intercambios con Hélène Zwingelstein.

El enfoque de este libro podría tal vez sorprender a aquellos de mis amigos sevillanos que participan plenamente de las creencias y ritos que aquí se analizan bajo la lente de la antropología. Agradezco de corazón su confianza. Este trabajo quiere ser un testimonio de mi profundo respeto por los cultos sevillanos. Es más: mi admiración y mi vinculación a ellos a menudo se aproximan a una adhesión íntima. Lo que yo propongo aquí es una modesta celebración del genio andaluz del cristianismo.

## INTRODUCCIÓN

El proceso cultural de la humanidad es, desde luego, una abstracción de orden más elevado que el desarrollo del individuo; por eso resulta más difícil de aprehender intuitivamente, y la pesquisa de analogías no debe extremarse compulsivamente.<sup>1</sup>

SIGMUND FREUD

Sevilla parece vivir al ritmo de sus naranjos. Florece como ellos en primavera. La ciudad inventa en esta eclosión la plenitud de su identidad. Es al final del invierno, con los preparativos de la Semana Santa a lo largo de la cuaresma, cuando las innumerables iglesias bullen con la actividad febril de los cofrades. Las imágenes santas bajan de su pedestal para prestarse a los ritos que les van a devolver la vida. Se transportan con fervor, mecidas de brazo en brazo, meticulosamente vestidas, bañadas de luces, acompañadas de música y rodeadas de los cuidados más mimosos. El pregón anuncia su salida a escena: exalta sus cualidades con vibrantes elogios, siempre los mismos y sin embargo renovados cada vez. En los patios floridos resuenan a lo lejos las marchas que se ensayan a la espera del gran día del suplicio de Jesús y el triunfo de María. Los costaleros que cargan con las divinidades, en camiseta, se entrenan con simulacros de pasos a las órdenes de sus capataces y al ritmo de la música gangosa de un altavoz mediocre. De hecho, ocupan la calle donde les ceden el paso con admiración y humildad. Más allá, una plataforma avanza hacia la gente portando fantasmas en sábanas blancas: son imágenes que se mudan de una capilla a otra. En el secreto de los templos, cada uno prepara la entrada de su divinidad, con todos los detalles de una escenografía estrictamente reproducida desde hace siglos y sin embargo eternamente renovada. Es inminente: Sevilla va a revelarse a sí misma en las largas noches de amor con sus imágenes.

La Semana Santa es como la venida al mundo de la ciudad: la recomposición de sus fragmentos dispersos en los barrios, en las iglesias y en

---

1. Freud, Sigmund, «El malestar en la cultura» (1929) 1979, en *Obras completas*, vol. XXI (1927-1931), Buenos Aires, Amorrortu, p. 135.

las tabernas; el surgimiento de una unidad que el resto del año se pierde en la jerarquía implacable de una sociedad marcada por el Antiguo Régimen. Sevilla activa sus orígenes mediante el ritual como si quisiera asegurar su eternidad. Saetas cantadas se elevan desde los balcones en la noche de Pasión, vínculos eróticos entre sollozo solitario y clamor compartido, dardo de gozo del sufrimiento de Jesús y de la belleza de María. La ciudad renace así de lo cotidiano bajo el amparo de sus dioses. Estridentes clarines imploran la compasión por el Crucificado en el mismo momento en que una alegre marcha arrebatada la calle hacia la seductora Dolorosa que le sigue.

En las tinieblas de una misma noche perfumada, Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y la deslumbrante Esperanza Macarena mezclan los sentimientos más opuestos de dolor y de seducción, el uno, en la sobria armonía de los oboes, la otra, en la violencia de los voluptuosos halagos lanzados por la multitud. En torno a Nuestro Padre Jesús del Silencio, solo se oyen las pisadas de los penitentes sobre el adoquinado: como si fueran los doloridos pasos del suplicado llevando su cruz. Más lejos nos cruzamos con los soldados romanos de la Macarena, medias de color rosa en las pantorrillas, corazas en las que se reflejan los cirios de la soberana: podríamos pensar que conducen al Nazareno hacia el calvario, pero van pegados al paso de la Dolorosa para salvaguardar celosamente sus encantos celebrados por una multitud en delirio. El centurión que lleva al Cristo de las Tres Caídas hasta la puerta de la iglesia de Triana va erguido en su caballo. Las plumas de avestruz de su casco rozan el dintel entre la aclamación del barrio reunido al ritmo flamenco de la banda. Pero, ¿a quién aplaudimos? ¿A los costaleros por su pericia o al martirio de Jesús ensangrentado y maniatado? ¿O tal vez ya a la Esperanza de Triana, la Dolorosa que lo escolta rebosante de sensualidad?

Otra Virgen atraviesa el Guadalquivir en medio de la noche para volver a su casa. La Estrella sobre el puente del Altozano es como un velero luminoso en medio de las tinieblas. El perfume de azahar cede paso a la brisa marina que hace volar sus encajes. Ella acompaña al Cristo de las Penas, uno de los suplicados más sufrientes de las procesiones. El cortejo cruza el río portando las dos imágenes hacia la multitud que espera al otro lado del puente para expresar su extraña rapsodia de alegría y compasión.

Las cofradías de San Gonzalo y la del Museo regresan ambas a sus casas tras sus procesiones la noche del lunes santo. La primera ha desfilado

durante doce horas para ir y venir desde su capilla a la Catedral; la segunda, mucho menos porque tiene su sede en el centro de la ciudad. Como para ilustrar las dos caras de la sociedad sevillana, en procesión «de barrio» para los pobres y en procesión «seria» para los ricos de la ciudad. Los pasos de San Gonzalo son cargados por el ardor desbordante de un pueblo vigoroso bajo las órdenes precisas de Manolo Garduña, quien ha preparado el cortejo con especial cuidado. Entre la alegría de la banda y ese frenesí casi deportivo de los cuarenta y cinco costaleros que cargan con el paso, ¿cómo creer que Jesús se está enfrentando aquí con la condena a muerte por Caifás? Después nos apresuramos todos hacia el Museo de Bellas Artes para unirnos a la hermandad del Museo. Nos encontramos en el corazón de la armonía sevillana: el museo es una joya en un estuche de naranjos en flor que hechiza a las divinidades con un halo a la vez delicado y fogoso. Esta placita al claro de luna respira por sus muros encalados todas las maravillas —Zurbarán, Murillo, Pacheco, Valdés Leal— que alberga en sus colecciones. Y cuando el Cristo de la Expiración sale en silencio de su capilla, a la derecha de la entrada monumental del museo, olvidamos el ruidoso ardor de San Gonzalo ante la condena de Jesús. En lo alto, sobre el balcón de un palacio, una noble silueta trata de imponer silencio a los que ahora celebran con indisimulado júbilo a la Virgen de las Aguas.

A la Virgen de la Candelaria hay que buscarla el martes santo después de medianoche en los jardines de Murillo. Las candelas que la rodean hacen honor a su nombre. Las llamitas vacilan entre la vegetación nocturna y hacen surgir a los antiguos dioses de las arboledas iniciáticas. Sátiros y ninfas parecen acompañarlos en la embriagadora fronda de jazmines y madreselvas... La luz de los cirios alarga las siluetas cónicas de los penitentes sobre el follaje mientras el ritmo de la banda acompasa los costaleros que cargan con los pasos: entre los árboles se adivina a los coribantes y galos del cortejo de Cibeles coronada a lo lejos por la Giralda.

He aquí, entre las columnas de Trajano y la explanada de Hércules, el caballo erguido del centurión que con su lanza atraviesa el costado del crucificado: como si los vestigios romanos de la villa se prestaran a rememorar el acontecimiento celebrado por la cofradía de La Lanzada. En el mismo momento, y al otro lado de la ciudad, la multitud aplaude a la Piedad del Baratillo que recorre las estrechas calles de su barrio con el garbo taurino que le confiere su proximidad a la plaza de toros. En

efecto, su capilla linda con el ruedo, y en su arena se ha formado el cortejo procesional hoy, miércoles santo. Aquí es donde vienen a recogerse los matadores antes de enfrentarse al toro.

Al día siguiente, la Virgen de Montesión va cubierta de pétalos de rosa entre el tintineo de mil rosarios de estrellas ofrendados por un torero. Se detiene de pronto arrebatada por una saeta de dolor y de gozo. Mientras tanto, la Quinta Angustia atraviesa el arco del Postigo: el Cristo descendido de la cruz, obra maestra de Pedro Roldán (1659), se estremece al ritmo de los costaleros que avanzan de rodillas, guiados por su capataz, para que el gigantesco paso pueda transitar bajo los arcos moriscos donde ahora resuena una música sacra. Oboe, fagot y clarinete sobrecogen el corazón y el espíritu por su austeridad. Una saeta se troca en salmo de angustia ¿cómo no evocar la Pasión según Mateo de J. S. Bach? A lo lejos, un pasodoble bailotea a la Dolorosa.

El sábado santo, la desesperanza y el deseo desgarran las procesiones. No la del Santo Entierro, que exhibe el cadáver de Jesús, no la del esqueleto gesticulante de La Canina, mofándose de la vanidad del mundo, sino la de la Virgen de la Soledad: sobre el último paso de la Semana Santa, esta vez sin la distancia que impone el palio canónico, María anuncia el fin de la Pasión dando la espalda a la cruz desertada y ofreciéndose al gentío hacia el que tiende su pañuelo de encaje.

Al término de este duelo ambiguo, Sevilla va a renovarse con la claridad taurina de su plaza de toros en este domingo de Pascua. El bullicio de las tabernas se hace menos paradójico a la espera del héroe que irradiará en su traje de luces. En la plaza de la corrida de Resurrección, las mantillas blancas sustituyen a las fúnebres de la Pasión. Siente cada cual cómo aumenta su sed de sangre y de serenidad en la perfección de los pasos de Mitra. A la equívoca exaltación de los Cristos crucificados y de las Dolorosas afligidas sucede la felicidad sin ambages del salvajismo domeñado por la espada. Tras el gozoso duelo de la Pasión, los bares bullen ahora, en un ambiente de disfrute y seriedad, con interminables exégesis de la lidia. A través de las virtudes atribuidas al héroe vemos cómo poco a poco se van esbozando, en la claridad de los vasos de manzanilla, los rasgos del hombre de honor.

Lejos del centro de la ciudad y de sus procesiones, que llevan diez días recogidas, la Feria estalla de alegría del otro lado del río, donde es posible reinventar la sociedad ideal. Pero siempre la misma paradoja que parece

atravesar decididamente a todos los ritos sevillanos: la fiesta asocia aquí con sutileza el riguroso código de una sociedad jerárquica y una sociabilidad erotizada. Si la Semana Santa reunía a las cofradías dispersas en un mismo circuito ritual, aquí al contrario se divide un espacio común ficticio en casetas cuyos vínculos se escenifican para hacer sociedad. Ya no se viste a las imágenes santas, sino a las hijas casaderas. Se admira a los ganaderos poderosos, a los políticos exitosos y a las estrellas mediáticas. Tras el fantasma de las divinidades, la realidad fantasmal del vínculo social. Mañanitas en calesa, elegantes exhibiciones ecuestres, llamativos trajes de gitana, tapas animadas con vino soleado entre parientes y amigos, tardes de exaltación taurina, noches de baile sensual... Es el retorno a una realidad, cierto que algo ficticia por su protocolo y por la pretendida ignorancia de las restricciones materiales, pero que se presenta como un ideal social. Lo único que recuerda a los fastos de Semana Santa es la gracia, virtud decididamente cardinal de los sevillanos.

La romería del Rocío es el colmo del contraste. La Virgen con su niño hacia la que se dirigen los peregrinos venidos de toda España es objeto de una devoción inmensa, hecha a la vez de infinita ternura y de violencia salvaje. Aun cuando se esté dispuesto a arriesgar la vida para pasar un momento bajo su trono, la imagen, sin embargo, es objeto de un distanciamiento que solo sus camareras pueden franquear. A la virginidad ontológica de la diosa se opone la seducción que ejerce sobre los mozos en la intimidad de su santuario. Intocable en su deseable totalidad, ella se desdobra y se multiplica en los estandartes que la hacen presente en toda España. Lo que trastorna tanto al peregrino como a la antropóloga es la alternancia entre la violencia de sus procesiones y la serenidad de su reino sobre las vastas marismas del delta del Guadalquivir.

Hasta aquí nuestras fugaces impresiones del ciclo festivo sevillano: una Semana Santa ambigua, una feria elegante y una romería convulsiva. Pero lo que se desprende de todos estos ritos es la ambivalencia. Muy diferente es la celebración del Corpus Christi, sesenta días después de la Pascua. Siendo muy antigua y popular, esta ceremonia dedicada por la Iglesia a la eucaristía, parece haber sido impuesta de una sola pieza. La procesión de la custodia se ha ido haciendo grave y ordenada: sus demonios y maravillas de antaño, cabezudos y otras figuras populares han desaparecido, sancionadas por el rigor de la eucaristía que aquí se celebra. La autoridad del Santísimo Sacramento que cierra

el ciclo ritual en Divina Majestad es incontestada. Si la Semana Santa se fragmenta en cofradías de penitencia, la feria en casetas familiares y la romería del Rocío en hermandades marianas, el Corpus Christi impone a su procesión una unidad sin fisuras dentro de una jerarquía implacable. A la fantasía barroca que otrora diera a esta fiesta un aire paradójico de gravedad festiva, se opone ahora la abstracción de la eucaristía, el orden del desfile, la austeridad del dogma. Es como si Sevilla ofreciese cinco gozos sucesivos: el del equívoco duelo de la Pasión, el del salvajismo domado de la corrida de Resurrección, el de la socializada gracia de la Feria, el de la prohibición violada del Rocío y, ahora en el Corpus, el de una realidad tan austera como regulada. Aunque el Corpus se celebre bajo el signo solar del solsticio de junio, la inmensa custodia deja en la sombra al calvario festivo de la Semana Santa, al traje de luces del torero, al endiablado ritmo de las sevillanas de feria, al ardiente rapto de María en el Rocío. ¿Una ambigüedad más resaltada esta vez a nivel del conjunto del ciclo ritual?

En todo caso, esta ambivalencia es la que subyace en el fondo de todas las contradicciones observadas no solo en los cuerpos de los celebrantes sino en el mío propio. A veces, la escisión de mis impresiones, por identificación con lo que yo observaba e interrogaba, seguía un derrotero delirante que me alejaba de la encuesta. Si mis indagaciones en terreno andino estuvieron sembradas de obstáculos físicos, alimentarios, administrativos, militares, a veces vitales, el trabajo antropológico en Sevilla me ha hecho correr el peligro de un trastorno psíquico. La vida de los sevillanos no solo se adapta muy bien a estas contradicciones, sino que las sublima en una expresión religiosa de una especificidad inédita. El sentimiento místico de la calle es aquí tan productivo como su paso al acto para apoderarse de una imagen. En cuanto al observador, este se desgarrar sin saber porqué. En medio de una marea humana o en el rincón de una calle estrecha, se siente ávido de una diosa que sin cesar escapa a su vista; se abisma en la perfección de un pase de trapo rojo entre los cuernos de un monstruo; le resulta molesta la necesidad final de orden y de jerarquía en el desfile que precede a la custodia. Al fin se deja invadir poco a poco por las ambivalencias. Yo me he dedicado al análisis de estas para resolver su misterio.